

DOS CUENTOS DE YŪSUF IDRĪS

Por
MARCELINO VILLEGAS

Casi veinte años separan «aš-Šahāda» de «al-‘Uṣfūr wa-s-silk» (1), pero el aire de familia es en ellos inconfundible, aunque las diferencias sean también tantas como las semejanzas.

Lo que Yūsuf Idrīs persigue es revelar cosas que normalmente pasan desapercibidas. Para ello se sitúa en un momento («aš-Šahāda») o un lugar («al-‘Uṣfūr wa-s-silk») donde lo consabido no rige. Así pueden aflorar las emociones normalmente relegadas («aš-Šahāda») o la conexión que une realidades al parecer lejanas («al-‘Uṣfūr wa-s-silk»).

«aš-Šahāda» explora la dimensión psicológica; «al-‘Uṣfūr wa-s-silk» se centra en lo más y lo menos que humano, en la pura materialidad. No para negar su dimensión humana, sino para afirmarla, afirmando también que el hombre es y no es la medida de todas las cosas. Ambos cuentos logran establecer un equilibrio admirable —casi diría milagroso— entre lo evidente y lo inesperado, entre lo irracional y lo crítico.

Al situar «aš-Šahāda» en la dimensión humana, el escritor precisa hacer descripciones, dar explicaciones y crear ambientes y caracteres que en «al-‘Uṣfūr wa-s-silk» son innecesarios. Esto determina las dos diferencias más aparentes entre los dos cuentos. Una es la extensión («aš-Šahāda» es casi cuatro veces más largo que «al-‘Uṣfūr wa-s-silk»); otra, el carácter escénico y sistemático de «aš-Šahāda» (el punto de vista nunca varía) frente al fragmentado y visionario de «al-‘Uṣfūr wa-s-silk».

(1) «aš-Šahāda» apareció en el número del 8 de abril de 1953 de *al-Misrī* y se incorporó luego al primer libro del autor, *Arjaš al-layālī* (1954). Traduzco por la edición de Dār al-‘awda (Beirut, s.f., pp. 14-19). «al-‘Uṣfūr wa-s-silk» apareció en la colección *Bayt min laḥm* (1971). Traduzco por la edición de Dār al-‘awda (Beirut, s.f., pp. 71-72). Una nota a pie de página (71) señala que el cuento fue escrito en junio de 1970 y que se publicó por primera vez en el libro.

El ritmo de la prosa es uno de los rasgos más originales de la obra de Yūsuf Idrīs. Aunque la de «al-'Uṣfūr wa-s-silk» sea más aparente y sostenida, «aš-Šahāda» tiene también su música propia, no menos peculiar e intensa. El autor ha puesto a veces «al-'Uṣfūr wa-s-silk» ejemplo del carácter musical de su estilo. «En árabe, dice, la palabra y la frase son muy musicales y en ellas la música es inseparable del sentido» (...). «El ritmo musical de la expresión es el sentido» (2).

Yūsuf Idrīs es un gran escritor que, a veces, tiende a ser relegado, cosa nada extraña ya que su personalidad artística y su carácter como persona (3) lo justifican, aunque no se debe a una cosa ni otra que aún no se haya publicado en España ninguno de sus libros. Antologías y revistas han dado a conocer, sin embargo, algunos cuentos suyos, entre ellos tres obras maestras del género (4).

El diploma (1953)

Apenas puse el pie en el tren de Heluán me llamó la atención un hombre que iba sentado al final del departamento, enfrascado en la lectura de un periódico.

Hice una pausa. En el acto empezaron a destellar en mi memoria como lejanas y tenues luces las cosas que sabía de aquel hombre; mi conciencia captó los imperceptibles hilos que aún me ligaban a una parte antigua de mi vida y empezó a tirar suavemente de ellos. Con cada tirón recuperó un día, muchos, hasta completar los años nada escasos que pasé en el Instituto de Enseñanza Media de Damietta. Con los años recuperé los sueños infantiles —que la magia de Damietta engrandeció y alentó—; las ansias de la adolescencia, que me impulsaron a aislarme y a ser raro en el universo de la ciudad de provincias, nimbado por una poética bruma que envolvía personas, soledad y ambiente de quietud.

La marcha atrás de los días me devolvió al gran edificio donde estaba el Instituto, al amplio patio, a niños y jovencitos que jugaron en él con la borla de fez despeluchada, a paredes y más paredes. Hasta llegar a la angostura del aula, a mi sitio en la primera fila y a Alhánafi efendi Mustafa, profesor de química, que casi llenaba todo el espacio libre. La barriga era enorme; el pescuezo, invisible bajo las oleadas de grasa que se desplomaban mentón abajo; la carota, llena de gruesos pliegues; la chaqueta, desteñida y demasiado pequeña para su corpachón; las piernas, embuti-

(2) Entrevista inédita con Yūsuf Idrīs, realizada por mí en El Cairo el 30 de octubre de 1989.

(3) «Mi relación con el doctor Yūsuf Idrīs estuvo llena de brusquedades, porque es muy celoso y desconfía de cualquier escritor que no sea él mismo. Es una persona difícil. Un gran escritor con una personalidad difícil en cierto sentido», declara Yāmāl al-Gīṭānī. Entrevista inédita realizada por mí en El Cairo el 8 de abril de 1989.

(4) «La gente», traducido por Julián Gómez Izquierdo y aparecido en *Nuevos cuentos árabes* (IHAC, Madrid, 1965); «El tesoro», traducido por María Jesús Viguera y Marcelino Villegas y aparecido en *Narraciones árabes del siglo XX* (Magisterio español, Madrid, 1969); «Instantánea», traducido por Marcelino Villegas y aparecido en *Cálamo*, n.º 6, verano de 1985. Véanse además: «De puro viejo», traducido por Pedro Martínez Montávez y aparecido en *Siete cuentistas egipcios contemporáneos* (IEE, Madrid, 1964); «Ella», traducido por Carmen Ruiz y aparecido en *El Urogallo*, n.º 8 (1971) y por María Jesús Viguera en *Mundo Árabe*, n.º 5 (1974); «¿No es así?», traducido por Kadreya Zaki Fadl y aparecido en *Estudios de Asia y África*, (México), X (1975). En su meritorio *The Short Stories of Yūsuf Idrīs* (E. J. Brill, Heiden, 1981). P.M. Kurpershoek se refiere algo apresuradamente (por escasez de espacio, quizá) a «aš-Šahāda» (p. 108) junto a otras «stories which include chapters from Idrīs' youth in the Delta» y a «al-'Uṣfūr wa-s-silk» en la p. 165 (un párrafo de 11 líneas con dos citas; domina una frase: «the ambiguous, contradictory nature of reality»). En las pp. 173-174 destaca algunos rasgos del estilo, pero no el ritmo musical de la prosa.

das en el pantalón como en unas calzas. El hablar era lento y lleno de pausas cuando explicaba, hasta que el entusiasmo le podía y empezaba a hacerlo tan seguido y tan deprisa que se quedaba sin aliento y tenía que sacar el pañuelo sucio para enjugarse el sudor que le corría por los pliegues de la cara.

Como damietinos, mis compañeros de clase eran pacíficos; sin embargo, en presencia de Alhánafi efendi se desmandaban. Los alumnos pésimos que se ponían en las últimas filas eran los que mejor le imitaban, los que primero se reían cuando volvía la espalda y los que empezaban a rociarle de tinta los pantalones cuando pasaba por entre los pupitres. Eran también los que le colgaban rabos de papel de colores en la chaqueta cuando se disponía a salir del aula, cosa que no solía descubrir hasta que entraba a dar la otra clase. Su gesto adquiría entonces una severidad marcial y los surcos se le arrebolaban. Sin pronunciar palabra nos miraba de hito en hito —el silencio que guardábamos era penoso—, hasta que se fijaba en uno, normalmente de las filas delanteras, y empezaba a echar maldiciones contra su padre. Así hasta que se calmaba.

Pero a pesar de todo nos trataba como a hombres hechos y derechos y con frecuencia interrumpía la clase para hablarnos de sus preocupaciones. Porque su familia estaba en El Cairo y él vivía solo en una pensión. Nos comentaba, por ejemplo, que le había engañado el carnicero, que en el medio kilo de carne que le había puesto las tres cuartas partes eran hueso, y que el criado de la pensión se había comido dos tajadas enormes cuando le mandó llevarla a asar. O que una vez llegó y se encontró que su cartera había desaparecido con dos guineas que tenía dentro.

También nos hablaba del hijo que en El Cairo se pasaba el tiempo detrás de las chicas y que por eso había suspendido tres veces el primer curso; de que su mujer se negaba a vivir en Damietta y que a principios de mes tenía que mandarle casi todo el sueldo.

Nosotros le escuchábamos y a veces nos reíamos y otras aparentábamos que nos daba pena, sin que él hiciera caso a una cosa ni a otra. La expresión que adoptaba era de asco y de furor, como si tuviera un dolor de tripas crónico.

Al hombre no le apreciaba nadie: los alumnos le gastaban bromas; sus compañeros se burlaban de él; el director le miraba con el gesto torcido y no perdía ocasión de zaherirle; los inspectores no sólo escribían informes asquerosos sobre él, sino que además no se privaban de regañarle delante de nosotros en el aula.

Yo era de los aplicados que se sentaban en las primeras filas, de aquéllos cuyos padres estaban sujetos a la continua amenaza de sufrir una sarta de maldiciones.

Yo aborrecía el jersey que Alhánafi efendi llevaba lo mismo en verano que en invierno, lo aborrecía porque me daba la impresión de que la áspera pelusa de la lana se me clavaba en el cuerpo. También aborrecía la corbata con el nudo en la otra punta del cuello de la camisa y los dedos rollizos y cortos apoyados en la panza. Y aborrecía los dientes amarillos, aunque no por efecto del humo, y el moquero arrugado y sucio que sacaba del bolsillo para frotárselos, dejando en el aire la fórmula que explicaba, y que luego volvía a guardar reanudando la clase como si allí no hubiera pasado nada.

No obstante, pese a mis aborrecimientos yo le quería bien, pues más allá de

su cuerpo rechoncho, sus andares torpes, su franqueza, su mirada triste y su fez echado hacia atrás de cualquier modo, más allá de todo eso había una bondad a la que nuestros corazones infantiles eran sensibles. Por eso le queríamos, aunque que yo le quisiera no evitase que me riera de él y de su chaqueta, ni que un día me atreviera a colgarle un rabo de papel.

Nunca olvidaré aquella vez que entró al aula —nosotros le esperábamos emocionados— y sacó de debajo del brazo las hojas del examen trimestral. Reinó el silencio, porque todo lo relacionado con los exámenes nos impresionaba. Aquel silencio le permitió despacharse a gusto en relación a los malos resultados y el poco aprovechamiento.

Luego, una vez respiró hondo y recobró el aliento, que el ardor había alterado, me señaló, alabó mi examen, sacó mi hoja y la leyó para dar ejemplo de cómo había que contestar. He de reconocerlo: el incontenible escalofrío de alegría que me recorrió el cuerpo fue idéntico al de aquella triunfal jornada de mi vida, cuando comprobé que mi número estaba entre el de los aprobados en el examen de ingreso.

A partir de entonces me puso el sobrenombre de «caporal de química», en tanto que yo empecé a estudiar como una apisonadora con el afán de preservar el título. Hasta que Alhánafi efendi se trasladó a otro instituto.

La despedida que le hicimos fue solemne.

Todos estos detalles fueron una fugaz llamarada que, al barrer mi mente, reanimó el fuego en las cenizas de toda una vida vivida y olvidada, inerte bajo la mole de más de diez años.

Apenas aplacado aquel fulgor crucé el vagón y me hallé en la otra punta, firme ante el hombre del periódico.

Tomé luego asiento frente a él y con muchas indecisiones le pregunté que si se acordaba de mí.

Fijó en mí aquella mirada asqueada y dolida de siempre, pero no dijo nada. Mientras, yo seguía despachando palabras y palabras, para acabar entrando en la primera clase donde nos habló de las fórmulas y las leyes de los cuerpos gaseosos; en el tubo de ensayo que reventó cierta vez; en Arrifai, Adugaydi y Áhmad Múslim, tres de los barbianes de la clase.

Mucho después el hombre dio muestras de reconocermelo, para ser más exacto, de recordar a un chiquillo que se me parecía y que había sido alumno suyo; pero el recuerdo no le hizo manifestar alegría, seguramente porque también le había llevado a las mientes los rabos de papel de colores, las reprimendas del director y las burlas de que todos le hacían objeto.

No obstante, me lancé a hablarle de aquellos tiempos y de que estaba exactamente igual que entonces y parecía que los años no habían pasado por él. También le comenté que las breves y rápidas expresiones de aliento con que me había distinguido tantas veces, habían sido para mí como jalones que me habían ayudado mucho en el camino de la vida. Y que yo le había apreciado siempre.

Pareció un tanto asombrado, pero —aunque había quedado de manifiesto que era hombre de poco hablar— empezó a comentarme muy humanamente los institu-

tos por donde había pasado, que el Ministerio se mostraba remiso a darle ascensos, que muchos compañeros suyos eran directores mientras que él seguía de profesor, que se había divorciado y que la pensión que mandaba a su mujer le dejaba sin sueldo, que su hijo había abandonado los estudios y se había metido a actor de cine.

Riendo le pregunté qué pensaba de sus antiguos alumnos y él no me contestó, sino que sacó del bolsillo el consabido moquero, se frotó los dientes con él y luego escupió por la ventanilla.

Cuando le recordé lo del «caporal de química» sí que sonrió y cuando le conté que había participado en un concurso de química y que había quedado el primero, que luego había hecho estudios de medicina, que me había licenciado y que hacía algunos años que ejercía, empezó a escucharme con interés.

Llegado este punto rompió en una risa inacabable que hizo estremecer todos los rincones de su cuerpo, hasta que al fin me apretó el hombro y me dijo:

—¿Lo dice usted en broma, doctor? ¿Lo dice usted en broma?

Tuve que enseñarle el carné de identidad e insistirle:

—Todo gracias a usted.

Entonces se mostró extraordinariamente afectado y exclamó dando una palmada:

—¡En tan poco tiempo la carrera de médico! ¡De médico!

—Todo... gracias a usted, insistí una vez más. Y lo dije con el ardor del niño que fui en Damietta, con el infantil respeto del niño ante su profesor, con la cortedad del principiante que coincide con el artista consagrado.

En el tiempo que pasó en nuestro instituto nunca vi contento a Alhánafi efendi y por eso le escruté el gesto: sus facciones manifestaban una rudimentaria expresión de alegría, quién sabe si por primera vez.

Se frotó las manos, se dio golpecitos en el muslo y con el periódico se abanicó la cara abierta en una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus dientes, no ya amarillos, sino negros.

—Por Dios, muy bien, repetía de cuando en cuando. Mira por donde uno de Damietta ha salido de provecho.

Le aseguré que todos habíamos salido de provecho, pero él no estaba conmigo; la desusada e intensa experiencia le tenía subyugado.

Cuando llegó Almaadi casi se le olvida que se apeaba allí. Me estrechó calurosamente la mano dándome las gracias con medidas palabras. Pero no sé lo que me agradecía. Salí a la puerta del vagón para decirle adiós y el tren empezó a alejarse, mientras él me despedía moviendo la mano alzada sin dejar de andar a trompicones por la alegría tan grande, ni de sonreír con una felicidad infinita asomándole a los ojos.

Era como el niño que de pronto consigue el diploma de primaria.

Pájaro en el hilo (1970)

Eligió el sitio más alto y se posó. Era un hilo. Iba de poste a poste en un tendido

telefónico. Sus garras apenas tocaban el hilo. Sopló aire y el hilo vibró y se balanceó. Se agarró más fuerte. Nunca estaba quieto y sus movimientos resultaban imprevisibles. Llegaban de súbito. Pasaban de súbito. De súbito alcanzaban el paroxismo. Tan pronto trinaba como volvía la cabeza, aleteaba o piaba. De repente se entusiasmó. Echó a volar. Se lanzó en picado. Planeó. Se posó. Quedó agarrado. Volvió la cabeza. Atisbó a su compañera, que estaba cerca. Aleteó. Aleteó ella. Se acercó. Se acercó ella. Pió. Trinó ella. Frotó el pico con su pico. Frotó ella también. Ladeó la cabeza él. Hizo ella descansar la suya encima. Se entusiasmó él. Saltó. Arriba. Abajo. Del entusiasmo se cagó. El chorro del excremento blanco coloreó el hilo. Herrumbroso. Viejo. Nada grueso. En aquel preciso instante transportaba seis conferencias a la vez. Por fuera no pasaba nada; dentro giraban cosmos y universos. Felicitaciones, protestas, saludos, tratos, adioses, súplicas, un terreno en venta, un país en venta, voces ásperas, susurros delicados. Las palabras se confundían, se mezclaban, se unificaban y se transformaban materialmente en ondas eléctricas, en un solo fenómeno homogéneo. Las palabras de amor compartían la tensión con las de odio. La onda eléctrica de la verdad era idéntica a la de la mentira, la de la franqueza a la de la hipocresía, la de la congoja a la de la imprecación, la noche era como la aurora y las claras del día, lo prohibido como lo lícito, la abnegación como el abuso de confianza y el esfuerzo, el heroísmo como la bajeza. Palabras. Tensiones. Ondas eléctricas incansables y ágiles. Un guiño y con su movimiento alteraban destinos, ponían a punto proyectos, concluían o iniciaban vidas y proyectos de vida. Más guiños y se hacían acuerdos, se confirmaban contratos, se tramaban conjuras. Por las palabras. Por las mismas excelentes palabras.

El hilo era viejo, herrumbroso, callado, oscuro. Su apariencia no traslucía nada de lo que por dentro pasaba e iba en marcha. En él no se producía ningún cambio, imperturbable apariencia larga, interminable.

El pájaro estaba posado en el hilo y con las garras inocentes comprendía y abarcaba todo aquello. Soberanamente vivía sin saber siquiera que el hilo era un hilo y menos aún que lo que pasaba por él pasaba también por él. Sólo era una buena ocasión para el reposo, un reposo del que en cualquier momento podía hartarse. De pronto saltó, aleteó, trinó, se echó a volar, se lanzó en picado. Mientras subía intentó hacer el amor a su compañera y en ese mismo vuelo se posó otra vez. Pió entusiasmado y del entusiasmo, sin darse cuenta, defecó. Una cagadita blanca en el hilo, en el mismo hilo. Pegada a él lo mismo que el tiempo y que la herrumbre.